

## IV

### CONDICION SEXUADA, SEXUALIDAD, GENITALIDAD Y REPRODUCCIÓN

A la condición de la mujer, como haríamos respecto al varón si de él tratáramos, la denominaremos *sexuada*, distinguiéndola de las calificaciones de *sexual*, *genital* y *reproductora*.

En tanto ser humano cada cual nace con determinadas características biológicas que permiten individualizar dicha condición. Esto hace posible la perpetuación de la especie o, en otras palabras, la transmisión, a través de las generaciones, del conjunto de genes específicos de cada una. Por esa razón es que, según se analizará luego, en la escala zoológica predomina la modalidad de reproducción sexual. La misma implica di o polimorfismos (aspectos diferentes según el sexo). La cultura agrega determinados atributos psicosociales, que son los denominados “atributos de género”.

En el ser humano tiene lugar una gran predominancia del cerebro sobre todas las demás funciones (tele-encefalización). Este órgano es resultado, a la vez que participa de la evolución. Pero domina la escena hasta tal punto que, por las actividades que promueve y las modificaciones que provoca en el mundo, también orienta los cambios. Entre otras cosas, transforma algunas funciones, como es el caso de la reproductiva y le otorga significados nuevos, simbólicos. De otro modo, como en los demás animales, esas funciones tendrían sólo su significado explícito.

En la condición sexuada este “valor agregado” es muy notorio. No cabe duda que una mujer tiene determinada composición genética (46XX), un aspecto corporal peculiar y funciones que les son propias. No obstante, por propia decisión, la mujer puede no ejercer, o bien explicitar sólo parcialmente su condición sexual.

Se entiende por tal la tendencia, el deseo, acompañado de una fuerte carga emocional (pulsión), que condiciona la organización de ciertos contenidos de la memoria en un proyecto, que, de manera más o menos voluntaria, culmina en una conducta orientada a la reproducción o en su inhibición. Todo pensamiento o acto tiene un significado de valor (aspecto moral o ético) y es éste un aspecto sobre el que la cultura tiene gran influencia, por otra parte cambiante. Los citados pensamientos o acciones se orientan hacia la misma persona o hacia otras, que a su vez pueden pertenecer a condiciones sexuadas diferentes o similares a la propia.

En este complejo campo son decisivos los factores desencadenantes o frenadotes, bien endógenos, positivos (pensamientos, recuerdos, fantasías) o

negativos (represiones, frenos, rechazos), o exógenos (procedentes del mundo circundante), también de cualquiera de los dos signos. Estos “disparadores” son sensoriales, ya sea evocaciones, inconscientes o voluntarias, o percepciones actuales. El valor de los diferentes sentidos en este ámbito ha sido notablemente estudiado por Diane Ackerman en “*Una historia natural de los sentidos*”<sup>1</sup>. Estos poseen significados diferentes según las personas y las situaciones.

El olfato constituye una vía de acceso privilegiada, puesto que sus órganos de captación están unidos por pocas neuronas intermedias a los centros que regulan la secreción y liberación de las hormonas vinculadas con las apetencias sexuales. Cualquiera de ellos, por importantes que sean, en determinado momento puede perder su importancia, debido al acostumbramiento o al condicionamiento negativo.

Tanto el antes mencionado como la vista y el oído, juegan un importante papel en la conducta del “cortejo”, ya que permiten el intercambio de informaciones entre individuos aún cuando estén a la distancia.

El tacto, en cambio, implica contacto, una relación más íntima del cuerpo, ya sea consigo mismo o con el ajeno, de modo que al partir de cualquier punto de la superficie cutánea, pero especialmente de áreas privilegiadas, llamadas erógenas, potencia las restantes sensaciones y contribuye al desencadenamiento del clímax u orgasmo.

## V

### EROTISMO Y SEXUALIDAD

Cuando un objeto, una zona del cuerpo o una persona adquieren valor erótico, significa que, a sus caracteres objetivos, se agregan otros de contenido simbólico, de tipo emocional y pulsional. Estos tienen signo positivo, por lo que dominan durante cierto tiempo sobre los demás intereses. Polarizan al individuo y lo predisponen a procurarlos, disfrutarlos y repetirlos, en busca de la consumación de un placer.

Existe, en consecuencia, un fin, que brinda o está asociado con elementos que presagian gozo, alcanzable con medios más o menos sofisticados.

---

<sup>1</sup> Ackerman, Diane. *Una historia natural de los sentidos*, Anagrama

No siempre un objeto tiene igual significado erótico, aún cuando se trate del mismo individuo. Dicha cualidad depende del contexto en que aparezca y de las asociaciones que suscite. Diferentes objetos pueden tener una fuerza erótica variable según las personas, su condición sexuada, sus atribuciones de género, su edad, su actividad. Basta con pensar, por ejemplo, en lo poderosamente eróticas que eran para un hombre de inicios del siglo XX las pantorrillas de una mujer, cuando la moda dictaba que a lo sumo podían mostrarse los pies. En igual sentido, el atractivo erótico que significa para el varón la contemplación de unos senos exuberantes o unos glúteos prominentes. Estos últimos, perteneciendo a un hombre, también son incitantes para las mujeres. Análogo es el significado erótico de un gesto, de un guiño, del esbozo de una sonrisa, de un ademán, de cierta inflexión de la voz, de una frase o de toda una conversación, del piropo, del silbido, del canto, del baile.

Capítulo aparte merecen los aditamentos erógenos. Cualquiera sea la condición sexuada, y según el agente y el posible receptor, hay una simbología que acentúa o resalta el lenguaje erótico. Tal el caso del vestido, que es tanto más provocativo cuanto más insinúa y menos muestra; del maquillaje y del peinado, que bien merecerán un estudio profundo y detenido.

En síntesis, toda persona tiene una condición sexuada. Esta puede manifestarse, en forma más o menos ostensible, en actitudes sexuales, las que, a su vez, pueden culminar en conductas sexuales, genitales o extragenitales, que son o no potencialmente conducentes a la reproducción. Estos distintos aspectos, pueden ser trastocados por la mencionada omnipotencia y omnipresencia del cerebro y su íntima vinculación con el medio ambiente.

Puede haber renuncia a la sexualidad, adquiriendo en casos el carácter de la entrega u oblación.

También su disfrute como dimensión erótica felicitaria.

La mujer puede optar, lo que se observa con frecuencia en las sociedades del mundo más desarrollado, por completar primero su preparación, afianzar su posición laboral o económica, para después pensar en el compromiso que implica el embarazo, el parto, la lactancia y la crianza de los hijos. Porque, sin lugar a dudas, aún visto estrictamente desde el punto de vista del consumo energético, éstas son actividades altamente demandantes, que muchas veces dificultan, retrasan o impiden el pleno desarrollo de otras.

En suma, en tiempos remotos, como sucede en los animales superiores, la sexualidad fue importante como anuncio o preparación para una efectiva reproducción. Lo sexuada era en ese instante evolutivo la manifestación exterior que insinuaba la posibilidad del embarazo. De ahí la importancia que se asignaba al momento de comienzo de las menstruaciones, al ser el signo

más elocuente de fertilidad, que justificaba las ceremonias “de iniciación” para poner de manifiesto el cambio en la jerarquía de la mujer en el grupo.

Las grandes medicaciones operadas en el curso de los dos últimos siglos, que han involucrado a la gran mayoría de las mujeres, consisten en la progresiva separación de la condición sexuada, con respecto a la sexualidad y la reproducción. Hoy día no se considera en menos a una mujer por no haber querido o podido tener embarazos; por el contrario, puede ser la opción elegida para desarrollar actividades que demandan energía o compromiso. En la actualidad, esta renuncia no significa un desmerecimiento para la condición sexuada. Vale tanto a mujer madre como la que no lo es; es tan apreciada la fecundidad biológica como la cultural, social o política. Esto tiene un impacto decisivo sobre el tema de la menopausia que trataremos luego.